

**...Y el Tajo insiste en darse la vuelta. Otra vez por la presa de Bolarque.**

*Corrientes aguas, puras, cristalinas,  
árboles que os estáis mirando en ellas...*  
**Égloga I.** Garcilaso de la Vega.

Juan José Fernández Delgado

### **Hacia Bolarque.**

Abril había cumplido ya su medianía y la llanura de colores se extendía por todas partes, sólo limitada por montes lejanos empinados por modernacos molinos de viento. Después de las lluvias, la primavera se había presentado con la suprema decisión de dar por pasados los placeres de mayo, “cuando canta la calandria/ y responder el ruiseñor”, y sin tregua ni dilación se afirmaba con serios anticipos veraniegos. Las vides ya disfrutaban del infalible milagro primaveral y enseñaban sus primeras hojas y tallos verdecidos, preñados de fruto cierto y sabroso; los pinos sueltos o agrupados en abultadas familias se mostraban ahítos de sabia, los sembrados, punteados por presumidas amapolas, saltaban sobre las lomas y los arroyos fluían alegres y confiados; a veces, se veía también agua rebosante en navas y en improvisados charcos y lagunas junto a la carretera. Y árboles frutales, y más viñas desperezándose y desprendiéndose del invierno, y zarzales, y algunos chaparros aislados, recios testigos de frondosos encinares que fueron, e ingenuas margaritas y flores blancas y otras de color amarillo... La paleta del pintor estaba exuberante y rebosaba de entusiasmo y de plenitud en la mañana del sábado abrilero. Una cigüeña remonta el vuelo con una culebra en el pico y los postes telefónicos se persiguen sin destino y sin fin...

El indicador señalaba los alrededores de Villarrubia de Santiago y decía que en su monumental iglesia de San Bartolomé nos aguarda el baúl olvidado por Santa Teresa cuando se dirigía a Pastrana, y Santa Cruz de la Zarza se asoma a la ruta con su iglesia monumental y con casonas de ostentación palaciega, y la flecha que indica a Zarza del Tajo recuerda el motivo del viaje. También hace señas Villatobas y manda recuerdos del P. Arenas, uno de sus hijos más ilustres, pues acompañó a Cristóbal Colón en su primer viaje a Indias y, además, fue el primer cristiano en decir misa en las tierras recién descubiertas. Estamos en las lindes de la Mesa de Ocaña y en los pastos comunes de tres provincias.

El terreno se abronca y la llanada se convierte en lomas arcillosas, y la daga de la ruta se introduce “entre dos cerros similares” para traernos Barajas de Melo, que es lo que viene a decir el significado primero de “barajas”, al que se le añadió el sobrenombre de un ilustre personaje portugués. Y como corremos por estas lindes, diré que la historia pregona tres hechos sobresalientes de Barajas, Barajas de Melo: QUE sus pagos –el Cerro de la Atalaya y el Salto de la Yegua-, fueron transitados por Rodrigo Díaz, el de Vivar, cuando desterrado cabalgaba hacia Molina de Aragón, Onteniente y aValencia; QUE durante una temporada dio cobijo a Francisco Sánchez, el renombrado gramático nacido en Brozas y nombrado por ello “El Brocense”, y

QUE Barajas goza de reconocida fama por su afición taurina y por ser patria de los más ilustres pepinos de la Mesa de Ocaña y de las tres provincias lindantes con su término. Y es que los extremos provinciales y comarcales se cruzan y alternan por estos vagos, pues el indicador de Illana, histórica villa anclada entre dos barrancos, nos informa de que si antes cabalgábamos por La Mancha y luego por la Mesa de Ocaña, ahora galopamos por la Baja Alcarria; y si hace tan sólo unos minutos nos codeábamos con la Orden de Santiago, ahora nos debemos a la de Calatrava; y si más atrás se enseñoreaban los pepinos de Barajas, por estos lares triunfan los ilustrísimos vinos de Illana, que podían competir sin arredrase con los más sabrosos caldos de Esquivias, de Noblejas y aun de Yepes.

Sierras cenicientas cubiertas de monte bajo, de chaparros, de pinos piñoneros y otros carrascosos, y de flores blancas y amarillas en las vegas, y de árboles frutales florecidos... Por estos pagos se cruza en la ruta la herida fluyente del trasvase Tajo-Segura abierta en canal y, al poco, aparece a la derecha una inesperada mancha de azul impoluto y se guarda detrás de una curva: es el embalse-puente de La Bujeda, primer receptor del agua sustraída de Bolarque.

Faltan aún 11 kilómetros hasta Albalate de Zorita, donde se dará al hermano cuerpo lo que necesita a estas horas de media mañana. Y por estos lares, por donde el indicador apunta hacia Vellisca, una voz sonora e impulsada por la plancha azul del pantano receptor sobresale en el autobús. Y cuenta que estando una mañana dominguera en el ensanche del puente de San Martín, vio bajar a cuatro turistas de un auto con matrícula *MU* que, curiosos, acudieron a admirar los enormes y abundantes catamaranes de espuma mugrienta que sobre la lámina infesta del Tajo, del padre Tajo, discurrían camino de Lisboa. Y ante esa bárbara realidad, exclamaron casi a coro: “¿Ésta es la porquería que nos van a enviar a Murcia?”.

-No señores, no –respondió con energía la voz que nos acompaña-. Esta mierda –continuó- se queda para Toledo y los toledanos. Para ustedes es el agua limpia y clara y pura de la cabecera del Tajo.

Yo, cronista imparcial, ni quito ni pongo rey, pero anoto en mi cartera lo que me traen mis circunstancias y la hora en que me vivo, y recuerdo lo que he visto en la misma presa de Bolarque y a la verita del Tajo en Aranjuez, y pienso en lo que voy a encontrar en el día de hoy.

En pocos minutos estamos en Albalate de Zorita, pueblo agarrado a las estribaciones de la sierra de Altomira y perteneciente al partido judicial de Pastrana, que nos manda recuerdos de la enigmática princesa y de Santa Teresa de Jesús y reafirma sus reales por la comarca, mas no en todas las plazas, pues, aunque razones históricas y literarias así lo pregonen y la copla diga que “Pastrana tiene la fama/ de las mujeres bonitas”, es Albalate de Zorita quien “se lleva la palma” en estos menesteres. Y en Albalate, el autobús abre su estómago y los concurrentes procuran para el cuerpo lo que a estas horas suele pedir, ya el desayuno, ya un tentempié. Y mientras los viajeros se regalan, me acerco a la robusta mole de la iglesia, ¡y está abierta! Es una enorme fábrica de gótico tardío, pues la puerta principal, la del norte, perfectamente enmarcada en un arco de medio punto, presenta trazas renacentistas. Una sola nave ocupa todo el interior, dividido por troncos de columnas que se bifurcan en espléndidos abanicos por la bóveda. Detrás del altar, se abre un hermoso retablo barroco coronado por San Andrés manteniendo la incómoda postura de su martirio. En una capilla encontramos sobre el fuste cortado de una columna la reanunciada “Cruz del Perro” del siglo XIII, así llamada porque –lo dice y quiere la tradición- fue descubierta en 1514 por el perro de un pastor entre unas peñas, y en otra una robusta pila bautismal, también de mediados del siglo XVI. Con cara de buena persona aparece San Blas en la capilla de su nombre, acompañado de San Roque y de San Antonio...

La visita ha de ser breve y la hora no da para más, pero hasta la misma vera de la ruta se acerca y fluye una fuente renacentista labrada en piedra de granito con trece caños, trece, para aventar cualquier barrunto supersticioso. Me hubiera gustado acercarme al cementerio para

deleitarme con las nobles ruinas de un convento templario, pero la hora apura y reanudamos el camino. Y con el cuerpo reconfortado, surge la aviesa coplilla en el acomodo del autobús: “A las chicas de Pastrana/ les gusta mucho el rínrán:/ ellas ponen el tomate/ y el pepino se lo dan”. Y, al poco, encontramos en el filo de la carretera otra parte del canal que nos invita a detenernos y a buscar el tremendo salto con que salva una hondonada, por lo que echamos pie a tierra y la emprendemos por un camino que se abre paso entre pinares y un sotobosque en el que se empinan el romero florecido, gayombas de hermosas flores amarillas en franca competencia con las de la retama común y la real, y la puntiaguda aliaga, y la familiar jara común y la de flores rosas, y encinas y algunas coscojas. Y de pronto, el camino, cansado de llanear, se envalentona hasta hacerse cuesta y, luego, cuesta con carácter, y aparecen bloques de piedra llenos de espejitos centelleantes, y Jaime, el joven “cicerone”, nos informa de que se trata de rocas calizas “con yeso cristalizado y otras sin cristalizar”, más opacas y borrosas.

-Mirad –dice-, también hay cuarzo cristalizado, mucho más duro que el yeso, claro.

Y por el camino, volvemos a dar con el canal, magnífico artesón mozárabe, y me quedo mirando el ancho curso del agua verde y zarca como los ojos de Circe, la diosa. Y de pronto, ensimismado entre mis cuitas y la frescura del agua, y su limpieza absoluta, pues hasta los sauces se han privado de botar barquitos en sus hojas y los pinos tacos de su piel o afiladas agujas, y entre su ingenua mansedumbre y alegre monotonía, veo cómo el artesón levanta su pecho y oigo una voz humana que, saliendo del fondo, asegura: “Mi nacimiento empezó el año 66 con la sangría de estas tierras para dar asiento a mi histórica forma de artesa, aunque sesudos varones ya habían maquinado mi existencia en días aciagos de la segunda república. Mi parto fue sufrido y doloroso, pues hubo que atravesar vientres serranos mediante orondos túneles, salvar tremendos precipicios y desniveles con gráciles acueductos y levantar puentes y alcantarillas con que esquivar el filo de la carretera. Y sobre ese lecho, verdadera herida al paisaje, se prolonga mi existencia en más de 300 kilómetros, que se dicen muy pronto, pero hubo que trazarlos. A veces, hecho canal visible, como ahora me encontráis, me parapeto ante la carretera o la cañada y han de salvarme con un puentecillo en forma de arqueta o de alcantarilla; otras, corro parejo a la carretera un buen trecho y algunas, como avergonzado por la fechoría y para ocultar el rico botín que transporto, me escondo en el seno oscuro de las sierras. Así pues, considérenme como un prolongado artesón de 300 kilómetros, y siempre fresco y limpiísimo, y siempre risueño, y siempre ufano y cantarín, pues jamás abandono ni me abandona el color esmeralda de mi nacimiento, matizado después por el verde pinar y coloreado luego por el cambiante azul celeste, excepto, claro, cuando me oculto en lo oscuro de las montañas, donde gano en frescura y en humildad. Y la razón de mi ser, según dicen, era y es para trasvasar agua de la excedente cuenca del padre Tajo “y que” a las necesitadas cuencas del Segura”.

-Disculpe –le interrumpo-. ¡Si la cabecera del Tajo tiene más que suficiente cumpliendo su encomienda desde las cumbres de Albarracín hasta el romano Puente de Alcántara, allá por los altos pagos de Extremadura! Y si se cuentan excedentes después de su primera razón de ser –saciar la sed de las tierras ribereñas y la de sus moradores hasta su espectacular entrega en Lisboa y ceñir antes con brío amoroso a la amada Toledo-, trasvásese cuanto oro líquido sea menester, pues jamás nos negamos a la generosidad y al colaboracionismo. Pero usted sabe muy bien que su actual razón de ser es desvestir un santo para aparejar a un santón. Porque, dígame, ¿qué cantidad de agua circula a sus anchas por su almacén? –pregunto sólo por curiosidad.

-Como media anual, unos 12 ó 13 metros cúbicos por segundo.

-¡No! ¡No puede ser! –exclama el viajero cuya voz contó su encuentro con los murcianos, sin haberme percibido de su presencia.

-Lo que yo le diga, y yo no miento jamás –respondió el canal-artesa inflando el pecho.

-Claro, que por el cauce verdadero del padre Tajo, por ser el histórico y geográfico,

correrán, cuando menos, 24 ó 26 metros cúbicos en el mismo segundo, porque si por esta sangría fluyen tantos, por la vía natural deben correr más del doble –razono yo.

-¡Pero que no! ¡Que no, hombre de Dios! ¡Que no! –responde enérgica la voz del canal-. Que por el cauce natural del río, el cauce que ciñe a la amada Toledo y llega a Lisboa, por ese susodicho cauce circulan 5 ó 6 metros cúbicos naturales y propios, los demás son puercas añadiduras llegadas en mala hora. Y no se lo voy a explicar ahora porque lo van a ver con sus propios ojos esta misma tarde.

-¿Usted lo cree así, como dice esa extraña voz? –me pregunta una jovencita que nos acompaña en esta ocasión y cuya presencia tampoco había anotado en mi cartera.

-No lo creo, no. ¡Lo certifico! –responde por mí el dueño de la voz que habló en el autobús.

En este instante, enmudeció el artesón y recobra su primitiva forma. Cabizbajo continuó el camino entre cuarzos y yesos, pinos y retamas, y coloridos rododendros convertidos en pequeños árboles, y arándanos, y acebos también, y, de vez en cuando, entre bellos ejemplares del árbol conocido como “del amor”; también aparecen algunos enebros, de cuyo fruto se extrae la ginebra, y el maloliente ailanto, repoblador chino que inicia su invasión con suprema arrogancia. Quique, Quique García, gran entendido en el decir del Medio Ambiente y autor de un compendioso libro sobre las **Plantas singulares de la ciudad de Toledo**, enseña dos setas, de las que a una llama “inocybe”, de color marrón-castaño en pie y sombrero, y a la otra “criadilla”, amiga de los cordeles y de las umbrías; a una tercera dice “colmenilla”, y en el hilo de la conversación nos regala una receta culinaria: fritas con ajo, jamón, tocino de jamón y chorizo. También, revueltas con huevos, pero jamás crudas, asevera. Las “criadillas”, con arroz. ¡Cuidado con las “inocybe!, advierte.

Al fin, aparece el cimero artificio de cemento y hormigón saltando la vaguada. Por su interior, intuimos la veloz corrida del agua arrancada de su propia casa, fresca e ingenua, que acude a abastecer tierras ajenas. Y mirándolo, oigo la voz de antes: ¿”Veis?, aquí me transformo en acueducto voladizo, y más adelante me escondo en el seno del monte para aparecer, otra vez, a flor de piel, ganando tierras manchegas. ¿Y qué puedo hacer yo sino...?”.

Sin decir palabra, inicié el regreso, y subiendo, por un boquete de la izquierda que da al norte, se abre una estampa idílica de los campos de la Alcarria: vegas labradas y alfombradas de verde; bosquecillos de indescifrables coníferas, un surco de zarzales, juncos y escobebñas marcando el curso del arroyo; montañas blancuzcas cortadas por la mitad para formar las famosas “mesas”, oteros poblados de sotobosque y trepados por quejigos en las umbrías y por robles jóvenes aprendiendo la recia honradez de sus padres... Y lejos, detrás de los cerros calizos, la mole azulosa del Guadarrama con las crestas cubiertas de nieve, en el que se puede distinguir la aguerrida figura de Peñalara; y más adelante, mirando a Guadalajara, Pico lobo, apunta Jaime. Y cogiendo trozos de cuarzo cristalizado y trocitos de yeso cristalizados también y otros sin cristalizar del todo, nos encontramos de nuevo con el artesón descubierto y nos emplaza para dialogar en la presa, bien ante el murmullo ensordecedor de los usurpadores gusanos de acero, bien en el puente-muro del embalse, bien observando el hilillo de agua natural que, ¡por lástima!, dejan transitar por su propio feudo, por su propia casa, hecha con siglos de tesón y de honradez.

En el punto de partida aguardaba el autobús, y sin demora nos conduce hasta las anchuras del embalse de Bolarque.

### Otra vez en la presa de Bolarque.

De nuevo en la presa de Bolarque y el Tajo continúa en su empeño afanoso de darse la vuelta, de regresarse por encima de Entrepeñas hasta llegar a los altos serranos de Albarracín, hasta llegar a los mismos Montes Universales: quizá, desde sus fueros internos pretenda alcanzar los parajes de “Fuente García”, donde encuentra su cuna y castillejo.

A las puertas de la presa, el autobús ha abierto sus fauces y entre rododendros, azaleas, lilos, orquídeas y adelfas y varios ejemplares de árboles “del amor”, que han desabrochado su generosidad colorida, extendemos la mirada por los alrededores: la fornida presa, que parapetó ahí sus reales de manera definitiva en 1910, después de numerosos intentos desde mediados del siglo XVI, aparece firme y arrogante en medio de la hondonada; a la izquierda y en lo alto, restos de precipitadas construcciones para los trabajadores y talleres de cantería; edificaciones para los ingenieros, más consistentes y cómodas, aquí abajo; grandes árboles y un riachuelo que escapa asustado y corre a toda prisa huyendo de la doble celada: la del muro y la de los tubos usurpadores. Su cauce es ancho mas el caudal, escaso: como una casona de ocho chimeneas habitada por un *mileurista* hipotecado. A la derecha, se elevan con ahínco y codicia los dos gusanos de acero, insaciables en su avaricia. Todo encajonado entre barreras boscosas que forman la sierra de Altomira. Sobre ellas planea formando círculos avizores una familia de águilas; y sobre todo, y sobre todos, el azul celeste vestido de limpio.

Desde la presa he observado la hermosa faz de la gran laguna abastecida por las aguas del Tajo, nuevamente sorprendidas al considerar que superado el susto de Entrepeñas ya no había qué temer, y del Guadiela, que también se veía libre de sobresaltos después de haber encontrado el escape salvador en Buendía y acude gentil y generoso a ofrecer su tributo al río mayor. Ahí están las dos corrientes a las mismas puertas del embalse, desconcertadas al comprobarse detenidas, encerradas, paráliticas, y al sentir perdida su razón de ser: corriente de agua que se afana en su curso hasta entregarse a la mar, e impedidas en el instante mismo de su encuentro feliz, de su unión íntima con el deseo de hacerse una sola identidad. Si cabe, es mayor la decepción del Guadiela al sentirse también traicionado, pues aun comprendiendo que con su entrega dejaría de ser él mismo, dejaba de serse, una vez que con su caudal entrega también su propio nombre hasta perderlo, lo hace con generosidad absoluta. Ahora, ahí están, hechos uno e indivisible, pero sin su razón primera de ser: imposibilitados de cumplir su destino por la detención de su curso, ya hecho uno, el del padre Tajo, y porque no se trata de su trasvase a otra cuenca para revitalizarla, sino de un desvío realmente real de su nombre –río Tajo- a otro nombre -río Segura-. Mas sobre la protesta de las dos corrientes y la amargura de la traición, se oyen gritos desgarrados de hechos y sucesos históricos e intrahistóricos ocurridos junto al cauce común, ya hecho Tajo, y alimentados por el limpio caudal de sus aguas. Son gritos enérgicos con la fuerza de los siglos, sublevados, que salen del fondo de la balsa contra su nuevo destino y la imposibilidad de seguir siendo río histórico lleno de majestad. ¡Gritos de historia y de destino truncado!

La hermosa faz de la gran laguna ha adquirido la transparencia del yeso impoluto cristalizado y el color azul del cielo reverberante y despejado. La placidez se ha adueñado de toda ella, y la bonanza de la hora le trasmite la calma toda del atardecer y hacen del paraje un majestuoso remanso de paz. La carpa, el barbo, la boga y el percasol, la trucha y el lucio, verdadero señor de este caudal, viven a sus anchas en estas aguas tan puras como cristalinas. Desde el pretil de la presa, veía saltar sobre la superficie azulosa peces infantiles y juguetones; mientras, los graznidos de los buitres leonados se estrellan contra los farallones serranos y se extienden en cien ecos por todo el remanso...

Toda la hora estaba abanicada por una brisa suave y cálida, mimosa y pueril, que se

entretiene en rizar la palma de la laguna, hecha de esmeralda y cielo. Y en este envidiado empeño de la brisa, el agua retenida, muy disimuladamente, muy sutilmente, se afana por regresar a la alta cuna de su nacimiento, de modo que los boquetes por los que, respectivamente, el Tajo y el Guadiela han desembocado al gran estanque quieren ensancharse para hacer más posible la quimera.

Mas, ¡ay!, ya no ha lugar, como dice el poeta...

Vamos después hasta los grandes tubos, tesoneros e insaciables en su afán de absorción. Y digo grandes porque miden 300 metros los mozos, y anchos también digo, pues abultan un diámetro de 6 metros, 6, por los que se deslizan en su tarea ascendente 12 ó 13 metros cúbicos de agua por segundo, y son capaces de extraer todo el caudal del embalse en un quítame allá esas pajas. Primero suben el agua hasta 100 metros, 100, y en un segundo remonte la bombean hasta alcanzar los 300 sobre la palma del embalse, y ahí aguarda con su boca abierta el pantano de La Bujeda, traspuesto y dejándose hacer; y desde aquí, a través de canales a cara descubierta, de túneles escondidos y de altos acueductos, hasta el embalse de Alarcón, desde donde deriva al cauce del Segura. Y yo me pregunto: ¿Cuál no será la extrañeza del agua izada al ser extraída de su conjunto y verse tragada por esos descomunales artefactos de acero? Y al sentirse izada cerca de 300 metros cuando su curso natural es descender hasta el proceloso, ¿cuál no será su sorpresa?

...¡Y el ruido ensordecedor de los tubos en su ruda tarea de absorción!...

-A ver, escuchar un poco -pide Jaime-, que voy a hablar del recorrido del trasvase, bueno trasvase, mejor sería llamarlo *desvío del curso natural del Tajo*, si tenemos en cuenta la cantidad de agua que le roban y la que le dejan transitar por su cauce verdadero. Bueno, pues de Bolarque se bombea el agua por estos tubos y se deposita en el embalse de La Bujeda, que está ahí detrás. Desde ahí, se introduce, mediante túneles, por el vientre de la sierra de Altomira, que es toda esta sierra. Después, sigue su nuevo destino en canales descubiertos unos 100 kilómetros hasta el pantano de Alarcón, cauce ya del Júcar; y al salir de él, llega al embalse de El Picazo, en donde es nuevamente bombeada para ganar más altura. Desde ese punto corre otros 100 kilometritos por tierras de La Mancha, provincia de Albacete, hasta dar con la presa de Los Anguijes, desde donde se vuelve a esconder en la sierra por el túnel del Talave durante 30 kilómetros, a través de los cuales desemboca en el pantano del mismo nombre, ya en el seno del río Mundo. Y desde ahí, desemboca en el Segura, y es derivada mediante canales y regatos hasta las huertas de Murcia y Almería.

-¡Esta es una obra de ingeniería descomunal! -exclamo.

-¡Y tan descomunal! -reafirma Jaime-. Como que es de las obras hidráulicas de ingeniería mayores de toda España.

-Y el coste de todo ello será de aupa, ¿no? -supone el viajero que contó su *conversación* con los murcianos-, porque ha habido que remover mucha tierra y perforar muchas montañas.

-Enorme -reafirma Jaime-. Tan enorme que aún está sin acabar de amortizar, pues aún lo estamos pagando todos los españoles.

-¡Que aún se está pagando...! -exclama Damián con suma perplejidad.

-Pues sí, todavía dan cuenta de ello los presupuestos nacionales cada año -responde de manera tajante Jaime. A ver, a ver si queda claro esto. Quiero decir que pagadas las obras del trasvase, están pagadas, porque no hay una empresa que no haya acabado de cobrar todos sus trabajos. No se debe dinero por tanto a nadie. Pero aún no se han obtenido los beneficios suficientes para recuperar todo el montante invertido en esta descomunal obra. El coste, por tanto, no ha sido amortizado todavía.

-¿Y por qué no se desaliniza agua de mar en Almería y Murcia, que bien cerquita lo tienen esas regiones receptoras? -pregunto yo de manera cándida.

-Muy sencillo –explica Jaime-, porque el importe de la desalinización habría de pagarlo sólo los almerienses y los murcianos, pero no todos los españoles, como ocurre ahora mismo. ¿Enterados? Pues al autobús, que ya nos llama.

En efecto, avanza la hora y el autobús espera; mas antes de buscar su acomodo, reparo en la veloz huida del regato de agua clara y transparente. Se siente libre y contenta después del tremendo sobresalto de su detención, y corre ligera y descuidada creyendo que su transparencia cristalina y su razón de ser: fructificar los campos ribereños, abrazar amorosamente a la amada ciudad y llegar impoluta a Lisboa, ya están salvas. Pero si este hilito de agua entendiera el decir sabio del pueblo acuñado en el refrán, comprendería su ingenuo parecer, pues no hay dos sin tres. No, no hay dos sin tres: ahí hablan la obstrucción en Bolarque, los dos enormes artefactos que se llevan no sólo el agua, sino que ocasionan el desvío natural del río más largo de la Península, pero que no tiene dueño porque el Tajo, el padre Tajo, es de toda España, y lo tercero es la humillación que ocurre en los arrabales de Aranjuez. Sobre todo, el hilito comprendería el nefasto proceder de todos nuestros gobernantes y del género humano en general.

### **Hasta Aranjuez, sin concierto y sin amor:**

En el regreso, el autobús busca otros caminos a los que siguió por la mañana, de modo que cruzamos Almonacid de Zorita por la Puerta de su nombre y saludamos a la condesa de Villaoquina, la primera mujer con su título y la cuarta de la Casa, que se asoma a la ruta desde la esquina de su calle. Cruzando Almonacid, me acuerdo con tristeza de Doña María, hermana de Carlos I y reina que fue de Austria, pues había elegido la apacible tranquilidad de esta villa para aguardar al descanso eterno, pero la urgencia de su enfermedad se lo proporcionó antes de llegar a Almonacid: Ella que pensó quedarse aquí para siempre, no tuvo tiempo ni de acercarse siquiera a sus lindes. Y antes de que el autobús acabe de cruzar la villa, recuerdo también a León Felipe, que él sí ejerció en Almonacid una temporada como farmacéutico, durante la cual escribió **Versos y Oraciones de Caminante**, libro del que recito unos versos de memorieta: “Ser en la vida/ romero,/ romero sólo que cruza/ siempre por caminos nuevos (...) Que no hagan callo las cosas/ ni en el alma ni en el cuerpo.../ pasar por todo una vez,/ una vez sólo ligero, ligero, siempre ligero”.

Desde el cómodo vientre del autobús la ruta trae hojas repobladas de encinas y quejigos, cuyos troncos se ven protegidos de las aviesas intenciones de traviesos conejos; también crecen a sus anchas, jóvenes olivares y viñas recién llegadas a estos pagos. Por los altos de la Mesa de Ocaña bracean los espigados molinos de viento, y por los alrededores de Noblejas se citan las viñas, mimadas y labradas. Ocaña está a 10 kilómetros y el autobús busca la dirección a Madrid por la Cuesta de la Reina, paraje de resonancias bélicas ya por los contornos del Jarama que, si a su vera se libró la batalla de su nombre, ahora recuerdo al de Sánchez Ferlosio y al Jarama convertido en cloaca madrileña y pestilente surtidor del Tajo.

Un indicador reclama la dirección del autobús y se introduce en el Real Sitio de la Corona de España y Villa de Aranjuez, y por un dédalo de calles y plazas nos lleva hasta el Jardín del Príncipe, donde abundan los olmos y los plátanos y castaños de indias, y las moreras, y algunos cipreses y, más adelante, fresnos y chopos, y árboles del amor preparando el tálamo nupcial...

Por estos parajes, Quique nos llama la atención:

-Este hermoso ejemplar –dijo señalando un arbusto espectacular convertido en árbol de unos ocho metros de altura, saturado de flores blancas y pequeñas como estrellas de cinco puntas bordadas a ganchillo- es el mágico y medicinal saúco, enemigo mortal de las migrañas y de cualquier problema respiratorio. Aunque le veis tan generoso en su hermosura y también lo sea en aplicaciones medicinales, su olor no se halla entre los más apetecidos.

-De lejos, la miopía lo confundía con el espino albar –argumento limpiando las gafas.

-Sí, se pueden confundir, pero sólo en la lejanía... Os diré que tiene un gran significado en la cultura cristiana, pues es considerado como el árbol de la pena y de la muerte, ya que colgado de un saúco acabó sus días Judas, y de saúco eran los maderos de la cruz de Jesucristo.

-¡Pero bueno, Quique!, eres una enciclopedia ambulante. Muy agradecido...

Hojas de maíz, otras de cereal, huertas en las que abundan las alcachofas y las berenjenas... Una bandada de garzas, dos cigüeñas, que dejan instantáneamente su labor buscadora, una familia de patos y una gallina ciega buscan su sustento...

Es una orgía de olores y de colores y de presentidos sabores por todos los contornos, mientras caminamos al encuentro del hilito de agua que vimos nacer en Bolarque y huir de las fauces insaciables de los dos grandes artefactos de acero. Poco antes de llegar al encuentro, aparecen yerbas con las melenas canosas y cañaverales, y los tallos y los gamonitos y los verbajos crujen a nuestros pies; también sobresalen algunas margaritas despistadas y flores



amarillas con el tallo doblado en competencia con solitarias amapolas; de pronto, un olor a hierba podrida nos golpea con un bofetón. Al girar a la derecha entre las cañas, damos con el hilillo que corre ufano por su curso histórico; es verdad que su color no es el natural, el de nacimiento: Es blanquecino, calizo o ceniciento:

-Se debe –dijo Jaime en una ocasión-, a que el lecho está muy removido con tanta gravera. Pero hasta aquí mismito el agua está pura, pues acaba de regar las huertas y los jardines de Aranjuez. Es ahora cuando viene el problema, la humillación para el Tajo y para todos los que conocemos el concepto de dignidad.

En efecto; de improviso y sin posibilidad de solución, el hilillo de agua cae sorprendido en una corriente putrefacta mucho mayor que él, más de tres veces mayor que él, llamada río Jarama, en cuyas vegas se criaban antaño bravos toros de cuajo, conocidos por todos los buenos aficionados como “toros jarameños”. Y lo he visto con mis propios ojos desde un pastizal de cañas crujientes y cubiertas de ponzoña. También hay botellas y latas de cerveza, y otros envases de plástico, y otras huellas de humanoides que se dicen humanos. Es muy posible que todo ello sean restos depositados en este remanso infeccioso por una gran crecida, hecha y alimentada por las últimas lluvias. Y por ello, porque ahí se ha concentrado una enciclopédica muestra de la porquería arrastrada por el Jarama, que si no acoge por sí mismo en su seno toda la inmundicia madrileña es porque se la trasvasa el ínclito Manzanares por los extremos de la Presa del Rey, pregunto por qué no se da todo ello al fuego purificador, con lo que se evitaría que otra riada mayor y llena de histeria lo arroje de nuevo al ponzoñoso curso... Algunos de los concurrentes se oponen a mi sugerencia; en cualquier caso y ante esta tragedia ecológica, la pluma se cae y la voz enmudece: por tanto, mal, muy mal para conciertos bien avenidos y para el ejercicio bucólico del amor... Árboles desramados y sarmentosos y con los troncos carcomidos, raíces podridas a flor de tierra, cañas de bambú, que podían ser afiladas lanzas desafiantes, caídas y tronchadas; retales de tela de nata mugrienta, como el berrinche que salía del lagar en época de molienda, cubren parcelas del cañaverol podrido ... Por todo ello insisto en que se dé al fuego antes de que vuelva a alimentar la ponzoñosa corriente...

Es muy posible que en estos instantes el tesonero hilillo de agua escapado de aquella alta celada llamada absorción, hubiera preferido caer en ella antes que experimentar en sus propias carnes una doble indignidad: la humillación de que aún siendo río histórico y principal y receptor de tesoneros y generosos tributarios por ambas manos, aunque aquí ya convertido en poco más que en vergonzoso arroyo, se vea trasmudado en donante de su propio deudor en los arrabales del Real Sitio; y también que, celoso de su color turquesa, añil o esmeralda, según el decir del cielo, hubiera preferido sucumbir en aquella primera emboscada antes que mezclarse con la ponzoñosa corriente jarameña: se diría que quiere obrar como el armiño, pues celosísimo de la albura del color de su pelo prefiere morir antes que mancharse en la trampa fangosa tendida por su desaprensivo cazador. Y este doble hecho de indignidad suma corrobora dos conclusiones: QUE la absorción efectuada en la presa de Bolarque no es tal absorción, sino un manifiesto desvío del curso natural del río Tajo, del padre Tajo; y QUE aquí, en este funesto encuentro, el Tajo, el padre Tajo, deja de serse, pues pierde su nombre junto a su caudal, al ser tragado e infectado por el putrefacto curso del río Jarama. Y es muy posible que en el instante del encuentro, el remolino brotado en el beso traidor sea signo de rebeldía al verse arrojado adonde no quiere ir, y que el rizo de su palma proclame su deseo de regresarse, de volver a ser río histórico y principal. Ciertamente, el hilillo de agua prefiere caer en la celada de la usurpación antes que experimentar una doble indignidad: la de hacerse arroyo jarameño en los arrabales del Real Sitio y la de ver emponzoñado su propio nombre y su existencia misma. Pero la indignidad mayor para el padre Tajo es que habiéndose convertido ya en fluyente cloaca madrileña continúen llamándole Tajo, como si no hubiera ocurrido el beso traidor.

### Desde el Puente de San Martín. La querrela del Tajo

La tarde se ha estirado y nos convoca hasta los ensanches del Puente de San Martín, donde el Tajo (o lo que sea semejante corriente de agua así llamada) desiste de sus históricas pretensiones de abrazar a la amada Toledo, donde cifra su despedida en forma de querrela y por donde enfila, sucio y humillado, su curso hacia Lisboa. Y en su querrela el río Tajo, el padre Tajo, expresa su dolorido sentir conocido por todos y por mil causas labrado y hartamente conocidas. Ahora resuena en lo más hondo de su lamento la ruptura de la entrañable consonancia espiritual entre el enamorado galán y la hermosa dama, que desde los mismos horizontes de la prehistoria fue tejida por capricho natural, por natural capricho de la naturaleza. Luego, este deseo natural se ha ido llenando de historia, de laboriosa vida diaria, de paisaje y también de leyendas; y de aquí, de la misma conjunción de todo ello, nace la entrañable consonancia entre el río y su ciudad, entre la ciudad y su río: entre Toledo y el Tajo. No obstante, la conjunción amorosa, matrimonialmente amorosa, entre río y ciudad jamás se ha llevado a término completo, pues el río –galán harto discreto- se ha contentado con ceñirla amorosamente y con reflejar en su diáfana palma la regia figura ciudadana, adornada de puntas y pináculos, de torres mudéjares, de espadañas y campanarios, y de pendones y estandartes vencedores en descomunales batallas, pero sin decidirse ni siquiera a besar sus sandalias: los escarpados desfiladeros han servido de celosos guardianes, vigilados a su vez por el Cerro del Bu y por Roca Tarpeya.

Hoy ya no existe esa consonancia entre río y ciudad; hace tiempo que ha sido truncada: el agua, antes espejo transparente, matizado de verde esmeralda, y celoso guardián de la historia de España, ve rota la pulcritud de su espejo en el lodazal de su lecho, abierto como un ataúd. Pero existía un íntimo embeleso entre la figura rielante de la vieja sultana y el río trovador, entre la ciudad y sus leyendas y el río lleno de majestad y gloria, entre el diario vivir ciudadano y la laboriosa corriente, entre la ancha historia de España y el padre Tajo. Además, existieron regios proyectos de hacerlo navegable desde Toledo hasta su espectacular entrega en Lisboa, y un industrioso ingeniero llamado Juanelo Turriano levanto a su vera un fabuloso artefacto para envidia de aquellos presentes tiempos y como reto para los futuros; y los desvelos de una fiel y eficaz esposa toledana fueron suficientes para salvar la honra del alarife, del puente que nos socorre esta tarde de abril, de la ciudad misma y del prestigio del mismo Tajo. Sí, ha existido una conjunción perfecta entre el río y la ciudad, pues si Toledo es el don del Tajo, el Tajo, el río Tajo, sin sus anhelos por abrazar Toledo, tampoco sería lo que es, pues es en Toledo donde cobra su gloria y majestad. En efecto, ha existido esa histórica conjunción, mas con este traje color berrinche aceitunero de hoy día ¿puede seguir pretendiendo la unión amorosa con la bella sultana llamada Toledo?

Es muy posible que en aquellas aguas, limpias y rizadas del Tajo a su paso por Toledo, aprendieran los poetas de nuestro prolongado Siglo de Oro el “secreto del ritmo con que adobaron sus estrofas”, como dice Félix Urabayen. Y dice a continuación en **Serenata lírica a la vieja ciudad** que, quizá, “también copiaran de estas aguas, Galiana, el color salvaje de sus trenzas; Flérída, el resplandor de sus pupilas, y Florinda, el verde zumo de los ojos que derritieron la corona de un rey infortunado”. Lo cierto es que en sus playas y remansos se entretenían las ninfas en trenzar sus cabellos y en hilar con ellos lazos de sirgo, que sólo la muerte podría deshacer. Y es cierto también que antaño el río Tajo era un apuesto galán rondador de la enjoyada sultana que, cual tesonero pretendiente, intentaba doblegarla depositando en sus arenas pequeñas joyitas del preciado metal, joyitas que, avaramente, se

aprestaban a hacerse con ellas los más ávidos de prosaicas riquezas; y que en sus riberas crecían viñas y frondosos árboles trepados por bucólicas hiedras para tejer lazos de amor. Y era también el río Tajo, pasados los rodaderos, un honrado hidalgo que labraba su hacienda entre presas y molinos y procuraba para las huertas y los árboles frutales el beneplácito de su sustento y hermosura... En aquellas aguas limpias y transparentes, una caterva de escurridizas familias piscícolas – lampreas y anguilas, brillantes truchas, toda la familia de carpas, incluso el carpín rojo, las preciadas tencas, amigas que son de tablas y pozas, el socorrido barbo y el lidiador cacho o cachuelo, de escamas mayores que la boga, y el combizo-, se daba cita en sus claras y salutíferas aguas para hacer las delicias de los abnegados pescadores... Todo era esmerados presentes del apuesto y rendido galán. Sin embargo, ella, la eterna amada, jamás le ha entregado sino pícaras insinuaciones que jamás han superado el recato de un femenino coqueteo.

Hoy, sin embargo, el escarpado de Roca Tarpeya, mudo testigo de toda la historia de Toledo y de gran parte de la de España, se muestra serio y cejijunto; lo hondo de los desfiladeros se hace más sombrío y vertiginoso y los rodaderos, sin cristales vidriados ni fragmentos de cerámica de variadas civilizaciones -desprovistos ya de lecciones de historia-, se han vulgarizado entre cardos y jaramagos; las ruinas de las presas y de los hacendosos molinos que fueron, y la huella del ingenioso artefacto de Turriano, y las cañas de los pescadores, buscadoras de lucios, de barbos y de otras escurridizas especies, y los bañadores de los intrépidos bañistas que se solazaban en los parajes del hacendado y malogrado D. José Safont, y los harneros de los insaciables buscadores de pepitas de oro entre sus arenas, están olvidados...

A esta hora de la tarde, cuando en todos y cada uno de los pináculos de San Juan de los Reyes se ven reseñados por los garabatos de pacíficas cigüeñas, se hace más triste y desoladora la querrela del Tajo, haraposo y humillado. Porque si antes todo ello se relacionaba con el río, limpio y transparente, hoy navegan por sus aguas grasientos catamaranes, que enseñan sus raídos dientes al trasponer el remanso de los Baños de Florinda, la Cava, en cuyas cubiertas transportan fragmentos de la historia de España, muchos de los cuales se han escrito en Toledo, reflejados, precisamente, en las aguas pulcras y hacendosas del padre río Tajo...

En su querrela llora el Tajo no sólo la desaparición de su glorioso pasado y la del jugueteo amoroso con la vieja ciudad: llora porque después de haberle desviado su propio curso, de haberle despojado de su propio caudal, de hacerle tributario de su propio deudor, todo ello suficiente para asegurar que el río más histórico y caudaloso deja de ser, deja de serse, en el Real Sitio de Aranjuez, pues ahí pierde su propio nombre, le siguen llamando Tajo. De apuesto galán, se ha convertido en arrabalero acosador, vencido y quejumbroso, huidizo y abochornado.